

## PRESENTACIÓN EN FRANCIA DE *JESÚS PARA LOS NO RELIGIOSOS*

(Lo que sigue son las palabras pronunciadas en París, en la presentación de la traducción francesa de *Jesús para los no religiosos*).

Nosotros que vivimos en el siglo XXI, ¿cómo podemos entender al Jesús de la historia? Nuestra forma de pensar es muy diferente de la de aquellos que escribieron el Nuevo Testamento en el siglo I. ¿Podemos seguir creyendo, por ejemplo, que, cuando Jesús vino al mundo una nueva estrella en el cielo anunció su llegada? ¿Podemos creer que su nacimiento lo anunciaron unos ángeles que aparecieron en el cielo a media noche para cantar ante los pastores que estaban en el monte? Nosotros que entendemos la genética, y sabemos que las mujeres tienen óvulos, ¿podemos seguir creyendo que la madre de Jesús fue una virgen y que su padre fue el Espíritu Santo? En su bautismo en el río Jordán, ¿aún podemos creer que se abrieron los cielos (que serían algo así como el techo del segundo piso de un Universo de tres niveles) y que el Espíritu descendió sobre Jesús mientras la voz de Dios proclamaba: “Este es mi Hijo”? ¿Todavía es posible para nosotros creer literalmente que el diablo lo tentó en el desierto? ¿Podemos seguir imaginando que realmente pronunció el Sermón del Monte con sus ocho “Bienaventuranzas”, simétricamente dispuestas, o que alimentó a cinco mil personas con solo cinco panes y dos peces? Mentos del siglo XXI, ¿pueden aún aceptar sin más que Jesús resucitó a una niña, al hijo de una viuda y a Lázaro, cuya carne estaba ya descomponiéndose? ¿Fue realmente posible que Jesús caminase sobre las aguas o calmase una tormenta? ¿De verdad podemos creer que hizo ver al ciego, oír al sordo, saltar al cojo, caminar al paralítico y hablar al mudo? ¿Podemos creer al pie de la letra que, al tercer día tras su muerte, su cuerpo resucitó y salió sin más del sepulcro? ¿Alguno de nosotros cree el relato de que ascendió al cielo desafiando la gravedad, y de que, una vez ascendido al cielo, envió el Espíritu Santo a sus seguidores en el momento singular de Pentecostés?

A lo largo de mi carrera como pastor y como obispo, y también en mis escritos, he respondido a todas estas preguntas con un “No”. Pero, entonces, ¿puedo seguir llamándome cristiano? Si de ninguno de estos relatos bíblicos puede decirse que sean literalmente verdaderos, ¿es honrado y creíble decir que aún soy un creyente y un cristiano profundamente comprometido? ¿O mi vida es acaso una especie de autoengaño? Lo cierto es que no solo me considero cristiano, sino que he servido a mi iglesia veintiún años como sacerdote y veinticuatro como obispo. Ahora que estoy jubilado, sigo siendo un miembro activo de mi parroquia, y participo en sus celebraciones cada domingo. Y mi esposa es miembro del Consejo que la dirige. Cada año, en determinados domingos, imparto una clase de Biblia para adultos en esta misma parroquia. Soy uno de los autores sobre temas religiosos más conocidos y mis libros no solo se venden muy bien en Estados Unidos (más de un millón de ejemplares) sino que se han traducido a las lenguas europeas más importantes, así como al coreano y al árabe.

Alguien podría preguntarme: ¿cómo es posible mantener estas dos actitudes a la vez, la de negar y la de participar? Si uno quiere seguir siendo cristiano creyente y practicante, ¿cómo de profundo puede ser su desafío a la interpretación literal de lo que muchos consideran la esencia y los principios básicos del cristianismo histórico? Mantener la tensión entre estas dos realidades fue precisamente el propósito que tuve en mente cuando escribí el libro *Jesús para los no religiosos*, que se acaba de traducir al francés y que se está lanzando ahora con una serie de actos públicos en París. El libro lo ha traducido un eminente profesor que domina el francés, el inglés y el alemán, y que además es un amigo: Ray Rakower.

En este libro pretendo mostrar que hay una forma de leer la Biblia y de entender la fe cristiana que son totalmente distintas de las que tradicionalmente se nos han enseñado. No creo, por ejemplo, que la Biblia se escribiera para ser leída literalmente, como un libro de historia. Creo que puedo demostrar que los autores de los cuatro evangelios no pensaban así. La Biblia, incluido lo que los cristianos llamamos el “Nuevo Testamento”, es, más bien, un conjunto de libros profundamente judío, escrito por diferentes autores judíos, los cuales intentan interpretar el poder que han experimentado en un judío llamado Jesús de Nazaret. Los autores de los libros del Nuevo Testamento, fuera lo que fuese lo que entendieron por “Dios”, creyeron haberlo encontrado en la persona de Jesús. Esta relación entre Dios y Jesús, la estableció Pablo en su Primera Carta a los Corintios, escrita en torno al año 54 E.C., cuando afirmó: “Dios estaba en Cristo”. Con el tiempo, esta afirmación llegaría a ser el centro de la fe cristiana. Personalmente, sigo compartiendo esa afirmación. Ahora bien, la forma de explicar dicha experiencia sigue siendo hoy la cuestión fundamental de la teología cristiana.

En el libro, *Jesús para los no religiosos*, hago un recorrido por las historias bíblicas sobre Jesús que nos resultan tan familiares: su nacimiento, su bautismo, las tentaciones, su enseñanza, los milagros, las polémicas, la pasión y la resurrección. Mi objetivo es mostrar que hay otra forma, no literal, de leer estas narraciones. ¿Pueden ser verdaderas pese a no serlo en sentido literal? Estoy convencido de que sí. Los relatos sobre la resurrección de Jesús, ¿pueden referirse a algo real aunque no sean la historia de un cuerpo fallecido que literalmente salió caminando del sepulcro? Tengo la certeza de que sí. ¿Puedo seguir creyendo en la promesa última cristiana de una vida después de la muerte y, al mismo tiempo, rechazar los conceptos de cielo e infierno, que considero meras técnicas para el control institucional de la conducta? De hecho, eso es lo que creo, y he escrito un libro sobre el tema, titulado: *¿Vida eterna? Una nueva visión. Más allá de la religión. Más allá del teísmo. Más allá del cielo y del infierno.* ¿Puedo ayudar a otros con mis escritos, para ir más allá del sentido literal tanto de las palabras del Nuevo Testamento –que es del siglo I– como de los viejos conceptos de los credos del siglo IV, y seguir afirmando la experiencia trascendente hacia la cual apuntan aquellas palabras antiguas? No solo creo que sí que puedo sino que tal es exactamente el propósito con el que escribí *Jesús para los no religiosos*.

En esta breve intervención no puedo dar con ustedes todos y cada uno de los pasos que me han llevado a estas conclusiones. En el libro, la tarea requirió más de trescientas páginas. Lo que sí puedo hacer es ofrecerles brevemente mis conclusiones y

proponerles el desafío de leer en el libro el proceso que me ha llevado a dichas conclusiones. Sospecho que molestarán a los portavoces del cristianismo convencional, que parecen pensar que la fe solo puede venir de la creencia en conceptos literalistas en los que ya no se puede creer. Lamento que mis palabras les molesten. Pero déjenme aclarar que ni es mi intención molestarles ni son ellos el público al que quiero dirigirme. Escribo, más bien, para aquellos que participan en la revolución del conocimiento de los últimos 600 años, sobre todo debida a la ciencia, y para aquellos que no temen la comprensión moderna de la Biblia, desarrollada en los últimos siglos. Escribo para aquellos que hace tiempo que desecharon el cristianismo convencional, irrelevante en el mundo moderno. Escribo para ofrecerles posibilidades nuevas que sin duda están en el Cristianismo. Escribo para invitarles a volver a examinar la fe de sus padres y madres (fe cuyas creencias ellos han rechazado en su mayor parte) porque creo poder invitarles a descubrir en el Cristianismo algo que nunca antes habían visto.

La verdad es que creo profundamente en Dios pero no puedo decirles ni quién es ni qué es Dios, y creo, además, que nadie puede hacerlo. Todo lo que podemos hacer es decir a otros cómo creemos haberlo experimentado. Porque Dios y nuestra experiencia de Dios no son lo mismo. Toda experiencia humana es subjetiva y, por tanto, puede ser una ilusión, total o parcialmente. Sin duda, habrá quien diga que este es mi caso, pero yo no creo que estén en lo cierto. Así que permítanme presentarles brevemente el contenido de mi “experiencia de Dios”, y hagan ustedes con ella lo que quieran (sin excluir la posibilidad de juzgarla equivocada).

Creo que experimento a Dios como la “Fuente de la Vida”, vida que, si bien fluye en todo el universo, solo se hace autoconsciente en los seres humanos. Si Dios es la Fuente de la Vida, entonces debo adorarlo con mi disposición a vivir plenamente. Creo que, cuando vivo plenamente, hago visible a Dios, que es la Fuente de la Vida.

Creo que experimento a Dios como la “Fuente del Amor”, amor que también fluye por todo el universo pero que –hay que decirlo de nuevo– solo se hace autoconsciente en los seres humanos. Si Dios es la Fuente del Amor, entonces solo lo puedo adorar amando generosamente. Creo que, cuando amo superando todas las barreras, hago visible a Dios, que es la Fuente del Amor.

Creo que experimento a Dios como el “Fundamento del Ser”, por tomar prestada la conocida frase del teólogo alemán Paul Tillich que, en mis comienzos, fue mi principal influencia teológica. Esto significa que cuanto más me atrevo a ser todo lo que soy capaz de ser, más visible hago a Dios, que es el “Fundamento del Ser”.

Soy, en fin, cristiano, no porque acepte en un sentido literal las ideas mitológicas del pasado sino porque veo en Jesús los mismos elementos que hay en mi experiencia de Dios. Veo en él una vida tan plenamente vivida que me revela la “Fuente de la Vida”; un amor tan generosamente compartido que me revela la “Fuente del Amor”; alguien que se atrevió a ser todo lo que tenía que ser, revelándome así al Dios que es el “Fundamento del Ser”. Por eso puedo unirme y de hecho me uno a Pablo y afirmo inequívocamente que “Dios está en Cristo”.

Para mí, la tarea de la fe cristiana no es hacer religiosa a la gente o salvarla del pecado sino, más bien, presentar una nueva dimensión de lo humano. Creo que entonces Dios

deja de ser un sustantivo que hay que definir y se convierte en un verbo que hay que vivir. Así pues, el libro, *Jesús para los no religiosos*, lo considero una llamada a descubrir y aceptar un nuevo Cristianismo para un nuevo mundo.

- *John Shelby Spong*

[ © www. ProgressiveChristianity.com ]